

DE CROACIA A LAS CANARIAS:

UNA MIRADA A LA PROSA CROATA DE LOS AÑOS NOVENTA

ROMAN SIMIĆ

*Prismáticos
en lugar de introducción*

Para preparar el ojo del lector español al paisaje literario al que se refiere el título, hay que partir, por desgracia, de una realidad en absoluto poética: la que en los últimos diez años no sólo ha influido sobre lo que Europa conocía de la literatura croata, sino también sobre lo que en Croacia se ha vivido y se ha escrito sobreviviendo.

La atención de los medios de comunicación europeos centrada en la guerra —que a principios de los años noventa, convirtió la “literatura yugoslava” (¿podemos ser irónicos?), de una forma sangrienta, en una serie de literaturas con historia propia—, se reflejó también en el interés de los editores por las literaturas de los países que aquellos días protagonizaban las noticias de los periódicos y de la televisión. Puede ser una paradoja, pero en una época en la que era demasiado fácil creer que todos juntos, en medio del continente europeo, habitábamos en una isla a la que cada vez se accedía con mayor dificultad, el precio de los mensajes en botellas subió repentinamente, haciendo que ese algo que somos y en lo que hemos vivido resonara hasta un *allí* lejano e incierto, con el que casi habíamos dejado de contar.

El interés por la literatura croata en la práctica suele tener dos caras. La “representativa”, que a menudo han promovido las instituciones de un joven Estado deseoso de legitimar solemnemente su “europeidad” —y que en el mejor de los casos se ha dedicado a “descubrir a Europa” a los autores croatas que hace quinientos años alcanzaron fama universal con sus obras en latín como Marko Marulić, a los comediógrafos renacentistas de la talla de Marin Držić, a los eternos candidatos al Nobel y los gigantes de la literatura de la primera mitad del siglo XX como Miroslav Krleža o Ranko Marinković...—; y la otra, la que en la Europa literaria hizo un guiño a los nuevos nombres de *disidentes* (Dubravka Ugrešić) o de *independientes* de la prosa croata (Miljenko Jergović, Zoran Ferić), atrayéndola con la fuerza del testimonio sobre los tristes años noventa de los eslavos del sur.

Consciente de las ventajas y desventajas de esta decisión, entre la posibilidad de dedicar el espacio precioso de esta pequeña antología a los clásicos y a los pilares incuestionables de la cultura a la que pertenezco, o bien brindárselo a los escritores que describen el “ahora” de dicha cultura, inseguro pero vivo, con el corazón en la

mano me decido por esta segunda opción, persuadido de que justamente estos textos ofrecerán el mejor testimonio de la vida y vivacidad de la lengua en la que los escritores croatas crean hoy día, así como de todo lo que experimentan junto con nosotros.

Otra razón, no menos importante (quizá es también errónea), es la convicción de que —a los ojos de los que trazan los mapas literarios europeos— quienes mejor nos representan son los escritores que están vivos y escriben sobre el entorno en el que viven, dotándonos de una clase de “europeidad” menos patética en cada encuentro con el lector “de fuera”, escribiendo puentes que deberían impedirnos de una vez por todas ser una isla o quedarnos aislados en tierra firme.

Una mirada a una mirada interior

Después de este bosquejo que con unos toscos trazos (¡espero que no demasiado toscos!) ha intentado dibujar un contexto de la (no)presencia de la prosa croata en la conciencia del lector europeo a finales de siglo, queda por esbozar lo que en el mismo periodo ha moldeado dicha prosa por dentro.

Para ello es preciso ahondar en las razones que me han inducido a elegir la década del siglo ya pasado.

La primera y la más importante es que los noventa, al menos en lo que al relato se refiere y al menos en lo que al juicio del autor de esta selección toca, pueden considerarse en verdad una década de éxitos extraordinarios. No se trata sólo de los libros de relatos de los ya mencionados Jergović y Ferić que han atraído la atención del mercado literario europeo, tradicionalmente mucho más proclive a la novela, sino también de toda una serie de escritores croatas que han escrito sus mejores obras en esos años, en el marco de este género. La riqueza y dinamismo de las corrientes literarias quedan de manifiesto en la lista de autores cuya prosa coexiste en el citado espacio y tiempo cultural: además de los que publican sus primeros libros de relatos (Jergović, Ferić, Perišić, Ušumović...), se cuentan también los escritores forjados en los años ochenta (Radaković, Popović, Valent...) que conviven con la vieja generación (Marinković, Aralica, Fabio...), y por muy difícil que resulte, desde esta minidistancia, resumir la importancia de una década en un marco más

o menos amplio de la historia de una literatura nacional, estoy convencido de que, al menos, unos cuantos nombres de los mencionados en este texto encontrarán su lugar en él.

Cuando se inició la década de los noventa, las cosas *pintaban bastante negras*.

La guerra, que desgarró el territorio estatal croata, interrumpió, entre otras, las redes de librerías y de distribución, acabó con muchos editores, empobreció a los compradores y a los escritores reduciendo las tiradas y convirtiendo la escritura en un oficio al que (como cualquier amor verdadero, pero esta vez sin la tan necesaria posibilidad de elegir) se ama loca y apasionadamente sin esperar recibir nada a cambio.

Las circunstancias “materiales”, así como esas otras, que han condicionado *profundamente* la escritura en un nivel temático, estilístico o ideológico, en su sentido más amplio, han engendrado de este modo algunos fenómenos clave para la producción literaria de los años noventa.

En este sentido y, siguiendo la lógica inversa de un entorno en el que el libro se ha convertido en una especie amenazada, el fenómeno más importante es el espacio que los medios de comunicación han dedicado a los autores que resucitan en la literatura croata la moda de la *prosa realista*. Estos autores —ni de lejos tan uniformemente poéticos y afines como ha intentado presentarlos la crítica literaria, deseosa de sensacionalismo “generacional”, “grupos” y denominaciones conjuntas—, que también son periodistas (junto con Jergović: Robert Perišić, Ante Tomić, Jurica Pavičić, Dalibor Šimpraga, Gordan Nuhanović...), han hablado de la Croacia de finales de siglo con el lenguaje imperante en el momento: argot urbano, utilizando la experiencia del periodismo, no dudando *en meterse* en temas políticos y sociales, eligiendo para sus argumentos fenómenos de la vida cotidiana, en general, nada interesados por los experimentos lingüísticos tan característicos de la literatura croata de los años ochenta...

Pero, por muy poderosos que sean, los medios de comunicación aún no son capaces de producir por sí mismos literatura, por lo que, por suerte, su papel podría caracterizarse como el de un mediador, como su propio nombre indica: *medios*. El escenario, que existía ya antes de que la televisión, los periódicos y revistas decidieran, en un acto de caridad, sacarlo a la luz, tenía la fuerza suficiente como para crear su propio destino.

El Festival de Literatura FAK (Festival A Književnosti) promovido en la segunda mitad de los años noventa con el fin de *demostrar/probar* que el público croata no había perdido el interés por los escritores nacionales, convirtió a los autores citados (y no sólo a ellos, pues no funciona partiendo exclusivamente de la clave poética *realista*) en una auténtica sensación, alcanzando al mismo tiempo segundas y terceras ediciones, hecho éste que raya en el milagro en el mercado croata (Ferić, Tomić). De modo que, aunque en la cima de las más leídas siguen estando sobre todo obras de autores que varían los modelos de prosa fijados en los noventa, sería erróneo reducir la rica expresión de una época realmente interesante a unas cuantas definiciones poéticas estériles que, por fortuna, en ningún caso individual se plasman en su forma “pura”.

El deseo de esta antología ha sido, precisamente, demostrar que bajo el anhelo de uniformizar la prosa de los noventa se oculta la impotencia de descubrir sus rostros, su individualidad y sus puntos de partida muy distintos y a menudo opuestos.

Seis autores en busca de rostro

El verdadero rostro de un autor, sin lugar a dudas, no puede descubrirse con un solo relato, un solo libro, e incluso, a veces, ni siquiera con todos los libros que llegue a escribir. Intentar presentarlo así, mediante un relato entre relatos, habla tanto del escritor como del autor de la selección. Es evidente que entre los seis escritores croatas que tengo el placer de ofrecer a los lectores, podrían hallarse otros nombres u otros cuentos además de los que se han incluido, por lo que el paisaje que en lugar de introducción se *brinda como prismáticos*, resultaría distinto, tal vez incluso diametralmente opuesto al aquí aventurado.

Sea como sea, nadie puede negar que ésta es también una mirada legítima a la prosa croata de los años noventa. Al rehuir la infalibilidad y la objetividad, y dejar todo el espacio posible para seguir escribiendo la historia trémula de una época que aún no ha alcanzado su fin ni, quizá, su punto culminante, mi intención ha sido dotar de rostro a seis autores y una literatura que pueda, al menos, atraer una mirada o servir de lectura y de reflexión.

Por eso, en esta selección, junto con escritores que ya gozan de renombre y han sido traducidos a varios idiomas europeos (como Jergović que, entre otros, está traducido al castellano), aparecen aquellos que, en mi modesta opinión, podrían alcanzar el mismo renombre. Hay autores que figuran como padres de la variante croata del *dirty realism* (Perišić), pero también hay otros que recogen los ecos de las corrientes literarias de los años ochenta (Mićanović); o bien, escritores que, como Ferić, construyen sus mundos literarios de humor negro, tomando como base y exprimiendo el género de novela negra o de los relatos de terror, y los que como Jergović, fundamentan su humor cálido en todo aquello sobre lo que se puede construir la historia de la vida al margen del género, los modelos o las lecturas. Aquí también están escritores de una generación joven o vieja, escritores que han leído a Carver, a Pynchon o a Salinger, y autores que han leído a Gombrowicz, a Ierofeiev o a Cortázar (Ušumović, Karuza). Todos ellos, en los relatos aquí incluidos, son, en mi opinión, ante todo, buenos escritores. Sólo después se convierten en aquellos que deberían figurar como representantes de algo, aunque ese algo sea una década de una historia de la literatura.

Pese a que esta selección no puede tener un rostro, definirlo o esculpirlo en bronce, el rostro que a través de ella busca la literatura croata contemporánea es mucho más que interesante. Confío en que esta mirada breve los ayude a intuirlo.